

Manuel Espín

**La Crisis contada
a los idiotas
(que la sufrimos)**



Ediciones Corona Borealis

La Crisis contada a los idiotas (que la sufrimos) - Manuel Espín

© 2012, Manuel Espín

© 2012, Ediciones Corona Borealis

Pasaje Esperanto, 1

29007 - Málaga

Tel. 951 088 874

www.coronaborealis.es

www.edicionescoronaborealis.blogspot.com

Diseño editorial: HF Designers

Ilustración de portada: HF Designers

© Blend Images - Fotolia.com

Primera edición: Septiembre de 2012

ISBN: 978-84-15465-20-1

Depósito Legal: M-XXXXX-2012

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

INDICE

Prefacio. Sobreviviendo a la “Tormenta Perfecta”	11
Primera Parte: Las Costuras Rotas de un Mundo en Crisis	
Capítulo 1. Cigarras y hormigas.....	19
Capítulo 2. Cabalgando sobre un tigre.....	27
Capítulo 3. El azote Europeo.....	77
Capítulo 4. Europa frente al capital globalizado.....	109
Segunda Parte: Lecciones del Desastre	
Capítulo 1. El escándalo del ladrillo.....	123
Capítulo 2. Luces y sombras de un sistema bancario en entredicho.....	141
Capítulo 3. Déficit público: con todo el peso de la ley.....	157
Tercera Parte: Sociedad Española: La Percepción de un Seismo	
Capítulo 1. El deterioro de la cohesión social.....	167
Capítulo 2. Trabajo: “Contesten, tenemos un problema”.....	175
Capítulo 3. Jóvenes a la intemperie.....	181
Capítulo 4. Instituciones bajo la sospecha.....	185
Capítulo 5. Cultura y “Marca España”.....	197
Capítulo 6. Medios de comunicación: A la sombra de la guillotina.....	205
Cuarta Parte: Movimientos, Actores y Comparsas en Tiempos de Depresión	
Capítulo 1. El discurso de la renovación.....	219
Capítulo 2. Economía productiva “versus” economía financiera.....	231
Capítulo 3. Medio ambiente, siniestralidad, acción social: voluntarios y profesionales.....	243
Capítulo 4. Dos vías (divergentes) para salir de la crisis.....	249
Epílogo. Personas y magnitudes	261

A Víctor Manuel López, Juan Ramón Escudero y Samuel López, en una tarde-noche compartida, bajo el áspero fragor y el crujir del fuego del malestar ante la dureza de la coyuntura, en reconocimiento a su desinteresado impulso hacia las iniciativas solidarias.

En un común punto de encuentro con Charles Rodríguez, líder natural, activista provocador en favor de un mundo mejor, y ejemplo permanente para todos, sin cuyo impulso este libro no se habría escrito.

PREFACIO

Sobreviviendo a la “Tormenta Perfecta”

“Vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos; porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros” (“El diablo cojuelo”, Luis Vélez de Guevara)

A partir de los últimos años de la primera década del siglo XXI muchos ciudadanos españoles se encontraron ante una súbita percepción de vulnerabilidad. Por vez primera en medio siglo parecía haberse roto de manera tajante una idea de “progreso continuado y sin vueltas atrás”, omnipresente en el mundo occidental desde los años 60. Se asomaban al vértigo de un imprevisto regreso a lo peor del pasado, con “generaciones perdidas” que vivían peor que las de sus padres, y sistemas de cobertura social tan imprescindibles como el oxígeno, en fase de eclipse total. Hecho insólito hasta para una sociedad capitalista donde el componente psicológico de “optimismo natural” siempre está presente. El auto-reconocimiento de un “estado de vulnerabilidad” producía efectos no sólo en el espacio individual más cercano y en la esfera familiar, sino en la organización social, cuyos cimientos mostraban indicios de ruina, de impredecible evolución.

Desde 2009, con especial virulencia en 2010 y especialmente en un terrible 2012, sociedades como la española, se han visto abocadas a situaciones inéditas en la historia de la Unión Europea con una crisis cuyos efectos sólo admiten paragón con catástrofes como la del 29; indiscutible referente tanto en la ciencia económica como en la creación artística. La más grave de esas consecuencias: la voladura o la reducción hacia lo puramente testimonial, del llamado “estado de bienestar”; la fórmula que las sociedades europeas occidentales de la posguerra inventaron como réplica a

los modelos centralizados y herméticos del Este. A través de cual los poderes públicos asumían el impulso, la tutela y la gestión de los contenidos relacionados con el acceso de toda la población a la educación, la sanidad o la vivienda, y al que más adelante se incorporaron nuevas aportaciones, como la protección del medio ambiente o los derechos de los consumidores y usuarios. En la génesis de ese modelo de sociedad intervinieron aquellas ideologías que dieron impulso a la construcción europea desde los primeros años 50 (democristianos, socialdemócratas, liberales, conservadores...). A las que se habrían de unir dos décadas más tarde, comunistas desvinculados del modelo estalinista, y ecologistas. En la base de esa organización social estaba presente una idea de pacto, de diálogo y negociación, de mejor reparto de las cargas y de redistribución de la riqueza. Sus efectos fueron indiscutibles dando lugar a sociedades mucho más estables que las del pasado durante el periodo de entreguerras, socialmente mejor articuladas, donde la paz social era más fácil de desarrollar. El modelo capitalista, con matices respecto al del liberalismo de la primera revolución industrial, fue de manera indiscutible el gran beneficiado de ese marco de estabilidad social, que enfrió el riesgo de revolución siempre permanente en la Europa anterior a 1945.

Ese modelo ha estallado hecho añicos, y con singular virulencia en España, donde la intensidad de la contracción de lo público y el acelerado proceso de destrucción de la actividad económica propicia una situación solo comparable a la de los peores escenarios de la época de la Depresión, o a la de los “años de hierro” de la posguerra española, con un recorte de derechos y una amenaza latente sobre las conquistas logradas desde la Constitución gracias al estado democrático. Situación que conlleva una percepción de vulnerabilidad que se transmite entre los ciudadanos; en paralelo a un difuso sentimiento de “culpabilidad” -mensaje que parece identificarse en las cúpulas de poderes económicos y políticos- por el que se trasluce la sensación de que los propios sufrientes son “responsables” por haber intentado vivir mejor que las generaciones de sus padres y abuelos, y por disfrutar de un más fácil acceso a la igualdad de oportunidades. Ciudadanos

confundidos, sin poder de decisión directo o de influencia en un proceso de especulación inmobiliaria donde han desempeñado el rol de víctimas, ajenos a las prácticas que han dado lugar a los fenómenos de corrupción, y de picaresca, de todos conocidos, sobre quienes ahora se proyecta una extraña sombra de “culpabilidad”: deberán pagar en sus carnes la factura de los vidrios que otros han roto.

Describir esa situación desde otra lógica ajena a lo puramente economicista implica el reconocimiento de fenómenos muy complejos: para pagar los elevados intereses de la “prima de riesgo”, o lo que es lo mismo las cantidades que los acreedores perciben por la exposición de sus capitales, el estado ha de sacrificar en sus presupuestos aquellas prestaciones que formaron las columnas en las que se identificaba la sociedad de bienestar. Bajo el impacto de ese deterioro, los ciudadanos se enfrentan al desempleo, al sangrante deterioro de los servicios públicos, a la caída de la atención educativa a niveles preconstitucionales con el riesgo de ruptura de la gratuidad, -rotunda aportación de la sociedad española de la Transición-, y a múltiples dudas sobre la continuidad o la calidad del servicio en prestaciones básicas a la colectividad. El peso de ese rigor se contrasta con una actitud de lejanía y falta de sensibilidad de unas instituciones comunitarias a las que se cedió soberanía económica, como quien se entrega a un administrador que a la larga es incapaz de defender un patrimonio. Un proceso que describe a una Unión Europea carente de impulso, atrapada en un sofisticado mecanismo de poderes y contrapoderes, y en último extremo dependiente de intereses económicos especulativos, alimentados en los espacios del mundo globalizado. Cuyas únicas respuestas son las de una política de austeridad, sin reactivación, capaz de condenar al moribundo a la extremaunción.

Esa caída hacia una especie de pozo negro en el que la luz se hace muy difícil -“el peor momento de la historia de España“, se entiende que contemporánea, declaraba en julio de 2012, Sáenz de Santamaría, vicepresidenta del gobierno- es un proceso que en contra de las apariencias no se ha generado de la noche al día, sino que arrastra un dilatado itinerario de señales y de encendido

de “luces rojas”, muchas de las cuales fueron ignoradas o minusvaloradas por anteriores administraciones españolas. Buena parte de esos precedentes, a modo de ensayo casi premonitorio, se produjeron en distintos países de Europa y de América en la última década, despachados en nuestro país con un frívolo: “Aquí no pasa nada”.

La gran mayoría de los ciudadanos somos conscientes de las dificultades, en una secuencia de atribución de cargas que lamentablemente no es equitativa, en la que los recortes golpean duramente a los más desprotegidos, - desempleados, trabajadores, asalariados, funcionarios, autónomos, y clase baja y media-, y en la que no todos las soportan por igual, contribuyendo a cuestionar en un “escaparate” social, situaciones, usos, costumbres y lacras todavía más escandalosas y ofensivas.

Los ciudadanos perciben en sus propias carnes los mordiscos, a veces desgarradores, de la situación. Un impacto que va más allá de las magnitudes contables, y que alcanza a los valores, a la quiebra de la confianza entre administrados y administradores, que cuestiona los modelos de organización social, y pone bajo sospecha a la totalidad de las instituciones.

Conocer las dimensiones de este cráter en el volcán, las características de la sima y sus posibles causas es un ejercicio ciudadano comparable a una “tormenta de ideas”. Ayudar a pensar sobre los orígenes y desarrollo de una situación tan dramática, aportando materiales para ese debate, es el objetivo principal de este trabajo volcado hacia la participación del lector. En el texto se han limitado al máximo las cifras y las referencias puramente económicas, y aquellos conceptos solo asequibles para técnicos y expertos.

Crisis no sólo financiera o presupuestaria, también política, de ideas, de modelo de sociedad... Con un abanico de dimensiones: de lo ético a lo ideológico. Como ya ocurriera en otros procesos similares, “quema” generaciones, destruye voluntades, agita sociedades y contribuye a quebrar muchas de las bases sobre las que se ha sustentado el mundo contemporáneo desde los años 50, y en España desde 1978. Con un proceso de erosión en el que nada

queda indemne ante la mirada crítica, y las estructuras aparentemente más arraigadas y los modelos de sociedad son cuestionados con incisiva aspereza.

Las respuestas cada uno debe ofrecerlas en función de sus intereses personales, sus valores, y su ética ciudadana y social. Generar debate plural puede contribuir a rechazar ideas unidireccionales de pensamiento único, y a fomentar el ejercicio crítico, sentando nuevas bases respecto a las relaciones representantes-representados. En la inexcusable búsqueda de la máxima transparencia dentro de un espacio de ética tan quebradiza como el del dinero. Donde la opacidad, y los nidos de “tinta de calamar” anidan con una facilidad inaudita; frente a las sospechosas pasividades, las erráticas decisiones, y las equívocas tolerancias públicas que nos han hecho asomar al abismo.

Pone Benito Pérez Galdós en boca de su personaje Villamil, en el soliloquio dramático e irónico de la novela “Miau”: “A ver, esos pajarillos tan graciosos que andan por ahí picoteando ¿se ocupan de lo que comerán mañana? No; por eso son felices; y ahora me encuentro yo como ellos, tan contento, que me pondría a piar si supiera, y volaría de aquí a la Casa de Campo, si pudiese. ¿Por qué razón Dios, vamos a ver, no le haría a uno pájaro en vez de hacerle persona?...Al menos que nos dieran a elegir”.

Extraño paralelismo al de quienes vagan por terrenales osas mayores sintiéndose golpeados sin capacidad para reaccionar. O peor: sin entender el “pecado” o el “delito” que han cometido, simplemente por vivir.

PRIMERA PARTE

Las Costuras Rotas de un Mundo en Crisis

CAPÍTULO 1

Cigarras y Hormigas

“Este, decía yo, es pobre; y nadie da lo que no tiene; más el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desarmar y aquéste de haber mancillar” (“Lázarillo de Tormes”, Anónimo)

Las crisis económicas circulan en paralelo a las humanas: están siempre presentes y responden a situaciones cíclicas. Se convive con ellas de la misma manera que viajan en el organismo la tristeza y la alegría, la depresión y el optimismo, el miedo y la esperanza, la enfermedad y la salud. Ese carácter rotatorio lo descubrieron los clásicos de la ciencia económica del mundo moderno en los tiempos de La Ilustración y en el XIX: “No hay prosperidad continuada que dure para siempre”. Del mismo modo que los imperios, como recordaba Toynbe en el siglo XX, responden a ciclos muy parecidos al de la vida humana. Aunque ya los viejos enseñaron que prepararse para la crisis era un ejercicio tan saludable y eficaz como almacenar cereal en el granero para cuando llega el invierno o vienen los años de sequía.

La novedad, si existe, del XX, fue la de que tras la sacudida del 29 y la larga Depresión de los años 30, que hizo engordar a las bestias negras de las dictaduras y los nazi-fascismos, en la posguerra europea y en general occidental, se despertaron nuevos sueños de estabilidad, y un propósito de la enmienda donde parecía posible restañar bastantes de las heridas del viejo mundo que “no deberían volver a sangrar”. La crisis de la energía de los primeros años 70 representó un inesperado jarro de agua fría, y tuvo consecuencias muy agudas en la mayor parte de las econo-

mías occidentales. En la década de los 80 bajo un prolongado ciclo expansivo se consideró que la sociedad contemporánea disponía de armas, no para impedir las crisis, tan naturales como las enfermedades en los seres vivos, sino para paliarlas y aminorar sus efectos más dramáticos.

Una década más tarde, en los 90 los sucesivos procesos asiáticos confirmaron que muchos rápidos crecimientos económicos estaban contruidos sobre verdaderos cimientos de barro. De la misma manera, la secuencia de derrumbes a partir de 2008 que afectaron a diversos países del norte de Europa, -como Islandia, considerados “extremadamente estables” desde el punto de vista social-, evidenciaban la levedad y frivolidad con la que los gobiernos habían manejado ese teórico “dinero de todos”. En octubre de ese año el banco islandés Kaupthing se hundía, poniendo en peligro el dinero de los ahorradores depositado en sus cuentas por parte de ciudadanos de ese país y de los estados del Atlántico europeo. Horas antes otra entidad, Exista, liquidó con precipitación enormes paquetes de acciones, dentro de un proceso de desmoronamiento estrepitoso de todo un sistema bancario; lo que motivó que el estado, como siempre utilizando el dinero de los ciudadanos, hubiera de entrar al rescate tras quebrarse la imagen de “fortaleza” del sistema. Con la consiguiente pérdida de recursos para los contribuyentes, asunto que se desarrolla con detalle más adelante. Sobre este tema se publicaba recientemente el “best seller” finlandés, “Calle Erottaja” (Editorial Bruguera, Barcelona, 2012) escrito por Karo Hämäläinen, periodista de una conocida revista económica de ese país, donde se mezcla ficción con realidad para lanzar dardos envenenados contra un sistema que durante mucho tiempo ha utilizado el fraude, el engaño y la corrupción como moneda de uso cotidiano.

En el siglo XIX con la revolución industrial y el descubrimiento y la explotación de nuevas tierras en los imperios coloniales, despojando a sus autóctonos de los recursos que pertenecían a sus ancestros desde hacía milenios, se generó un mecanismo de acumulación de beneficios bajo la creación de un engranaje de formación y de retorno de capitales a las metrópolis y cabeceras

de los imperios. Cien años más tarde, el nuevo imperio se llamó en la década de los 90 “boom” de la industria tecnológica, a través de internet y de las redes, con una formidable generación y acumulación de dinero dirigido hacia las industrias innovadoras, en lo que acabó finalmente revelándose en 2000 una auténtica “burbuja tecnológica”. Esas llamadas “nuevas tecnologías” habían ejercido una influencia paralela a la que a lo largo de las primeras décadas del XX tuvieron la sucesiva aparición y explotación comercial de ingenios y productos ligados a la investigación: del caucho al acero, del petróleo al plástico, del uranio al “chip”.

En cambio, en los últimos años 80 y especialmente en los 90, esas tecnologías eran absolutamente inmateriales. Se trataba de redes, servicios “invisibles”, portales y formas de relación y de comercio por encima de las fronteras, crecidas al hilo de la expansión de internet. El “boom” de esa industria fue sorprendente y rápido: llegaron a alcanzarse altas cotizaciones por varias firmas, muchas de ellas impulsadas por jovencísimos y astutos creadores, que se hicieron millonarios a una velocidad de vértigo, amados y deseados como figuras del mundo del espectáculo. Eran las nuevas estrellas mediáticas, en cuyo rostro se identificaba la imagen de los triunfadores.

El modelo quebró por la propia velocidad y voracidad con la que había crecido algún tiempo antes. El pinchazo de la “burbuja tecnológica” se produjo en torno a 2000, cuando de la noche al día el precio de sus acciones hasta entonces por las nubes empezó a caer al nivel de un producto-basura. La reacción a esa burbuja que acababa de explotar tuvo caracteres muy especiales en Estados Unidos y el mundo anglosajón, tras los atentados del 11-S; cuando los ojos se volvieron otra vez hacia los valores materiales, y a la tradición de la propiedad sobre los bienes raíces y básicos: la vivienda, la tierra, la industria... El fin de la “burbuja tecnológica” como en todas las crisis empujaba hacia aquellos recursos aparentemente más sólidos, tradicionales y “seguros”.

En 2001 las entidades bancarias concedieron en Norteamérica muchos más préstamos a la vivienda que a las “efímeras” industrias tecnológicas cuyos valores habían caído en picado. Esos

créditos e hipotecas volvían a retornar hacia la vivienda, considerada una garantía para los préstamos. Al disponerse de un crédito mucho más fácil para la compra de inmuebles se incentivó el consumo, subieron los precios de casas y pisos, y se inició un nuevo ciclo especulativo con hipotecas puente, que permitían “adquirir” una vivienda, y revenderla antes de escriturarla para obtener una ganancia; en un proceso con muchos puntos en común con lo ocurrido en España durante los años del “boom del ladrillo”.

En el año 2004 la Reserva Federal Norteamericana había subido los tipos para contrarrestar la inflación, que en poco tiempo pasó del 1 al 5,25 %. El precio de la vivienda se estancó e incluso descendió, y la cifra de impagos y ejecuciones aumentó. En 2006 llegaron a quebrar una cincuentena de entidades ligadas a créditos hipotecarios, y el índice bursátil de la construcción se derrumbó en un 40 %. Se trataba del inicio de un ciclo caracterizado por la llamada “crisis de las hipotecas sub prime”, en torno a las cuales en los años anteriores se habían concedido sustanciosos créditos sobre viviendas que ahora valían mucho menos. La situación contaminó los mercados financieros en 2007. Desde su origen se había producido una incorrecta valoración de los riesgos, haciendo transacciones sobre una montaña de espuma bajo la cual había realmente muy poco. En el periodo 2001-2007 se transfirieron abundantes activos a los bonos ligados a la deuda, y a fondos de pensiones y de inversión.

Los procesos de “contaminación” dentro de la economía admiten un paralelismo con las “infecciones” en el cuerpo humano: imposible crear cortafuegos o separar trigo de cizaña cuando los mercados han sido invadidos por valores “tóxicos”. En agosto de 2007 estallaba oficialmente la crisis de las hipotecas sub prime. Llegó la caída en picado de los fondos de inversión, y el cierre o suspensión de muchos de ellos. Y lo que siempre suele suceder en estos procesos: la pérdida de confianza más absoluta en un sistema que había funcionado sin control alguno, cuya falta de credibilidad era puesta continuamente en evidencia, lejos de cualquier fiscalización por parte de las instituciones surgidas desde el mandato del pueblo. Acababa de sonar el primero de los clarines

sobre las agencias de evaluación de los riesgos; un poderoso y decisivo oligopolio, que había aportado informaciones “positivas” sobre marcas que poco tiempo más tarde solo eran capaces de evidenciar barro en sus cimientos.

La crisis de las hipotecas sub prime de Norteamérica, tuvo en la España de 2007 una lectura pintoresca. Mereció un tratamiento distante, como el del científico que contempla desde la lejanía la evolución de una pandemia en una colonia de pingüinos, sin entender que una situación semejante pudiera tener una traslación en clave española. Se estaban viviendo los últimos estertores del “boom del ladrillo”, con una “burbuja” inflada por una especulación parecida a la de una “venta piramidal”, en la que unos cargan con todas las obligaciones mientras otros les “vampirizan”, pero los últimos que empiezan a pagar tienen la secreta esperanza de invertir su papel. Todos los gobiernos de la democracia durmieron con un tigre narcotizado escasamente prevenidos ante el riesgo de que esa fiera se descongelara cualquier día. Ciertos análisis y opiniones de expertos alertaban sobre la posibilidad de un “pinchazo”, pero este se creía que podía ser suave y perfectamente controlable. En realidad, la especulación montada sobre el ladrillo permanecía anclada dentro de una cultura muy española, cuyos orígenes se remontan a los tiempos del franquismo.

La vivienda era “el valor” por excelencia de las familias desde los años 50, cuando la escasez típica de posguerra, con un parque todavía escaso, convertía a “la casa” en un bien deseado por encima de cualquier otro, mal atendido por la iniciativa pública y la privada. Desde el final de la autarquía, en los últimos 50 se había abierto un nuevo ciclo con la liberalización económica, que no política, posterior al Plan de Estabilización del 59 y a los primeros planes de desarrollo. Al mismo tiempo la vía libre a la salida de mano de obra española hacia la Europa del antiguo Mercado Común aliviaba la presión sobre el mercado laboral y propiciaba un retorno del ahorro de los inmigrantes en forma de remesas, destinadas en buena medida a la futura compra de una vivienda. Por otra parte, en los 60 se iniciaba el ciclo de la construcción tí-

pico de los años del “desarrollismo” que explotaba y colonizaba las zonas turísticas y de costa con unos modelos expansivos que hoy nos parecen absolutamente obsoletos, pero que han quedado ahí, como expresión de una identidad, con la consiguiente destrucción del paisaje y un tratamiento anárquico y especulativo en la utilización del territorio.

En paralelo, las periferias de las ciudades se llenaron de construcciones de una arquitectura puramente utilitaria para acoger a una población de aluvión; tanto la que procedía de las migraciones interiores como la de retorno de quienes emigraron y aspiraban a instalarse en sus lugares de origen “con dinero fresco en el bolsillo para comprar la casa o el piso”.

El modelo había alterado los sistemas de titularidad en torno a la vivienda, desplazando al antiguo formato hegemónico del alquiler, por el de propiedad, con una demanda que alimentaba un ciclo totalmente especulativo, pero que aún no había alcanzado los niveles posteriores al cambio de siglo. De esa apuesta por la propiedad, con ayudas públicas a la construcción se beneficiaron amplísimos sectores encabezados por las constructoras en plena explosión; aunque la historia de las últimas décadas está repleta de hundimientos espectaculares en circunstancias que han acabado en “patatas calientes” de difícil respuesta por su enorme repercusión social. España se distanció notablemente de los modelos europeos, basados en el alquiler (Holanda, Reino Unido) o el mixto alquiler-propiedad de la mayor parte de la UE.

Se confirmaban diversas reglas repetidas a lo largo de los tiempos, cuyo alcance aparece contextualizado en las siguientes páginas:

a) Cuanto más grande es una burbuja especulativa más devastadores serán sus efectos una vez que estalle.

b) El capital especulativo carece de fronteras, no tiene nacionalidad, y sola aspira a desembarcar donde puede hacer negocios más rápidos y con más alta rentabilidad, tras haber dejado una huella semejante a la del paso de la cola de un huracán.

c) Los procesos de falta de control y de desregulación sobre los usos económicos desde principios de los años 80 han acaba-

do por convertir en quimera la supervisión democrática sobre la economía. El estado bajo la presión de ese modelo se ha visto obligado a empequeñecerse y a reducirse, y el capital globalizado, como antes las transnacionales, ocupa ahora su papel o influye notablemente en la toma de decisiones.

d) El gran peso y dimensiones de ese capital especulativo dentro de una economía globalizada, actúa como verdadero poder (“los mercados”) frente a gobiernos e instituciones “dóciles”, débiles y derivadas de esos poderes, formal y retóricamente “elegidos por el pueblo”.

e) La crisis proyecta una luz de desconfianza sobre la totalidad del sistema y sobre sus instituciones, sin que exista válvula de recambio alguno. Sus críticos, a diferencia de las primeras décadas del siglo y hasta los 80 sólo pueden aspirar a “corregir sus excesos”, profundizar en la sociedad de bienestar en fase de extinción, o presionar por una reforma integral del sistema. Se discute el “cómo”, no el “qué”; es decir la esencia y las bases del sistema, que hoy nadie parece cuestionar. Principal diferencia de esta crisis frente a otras anteriores, en la que las alternativas no son: “capitalismo” versus “socialismo”, sino “capitalismo sin reglas” contra “intervención democrática para crear reglas de juego mucho más justas y equitativas”.

